

nos paisanos armados. Lleváronse á cabo muchas prisiones y los encargados de los tormentos no cesaban en su tarea. Por todas partes aparecían escritos sediciosos, cartas incendiarias y pasquines. En 1776 cundió de repente el rumor de que la emperatriz quería declarar propiedad de la corona á todos aquellos vasallos á quienes sus señores exigían opresoras prestaciones. Natural era por tanto que llegaran á manos del gobierno de todas partes cartas llenas de quejas, solicitudes y peticiones. Pero también esto fué severamente prohibido. Por muy justificadas que fueran las quejas, los que las producían eran cruelmente castigados. Era pues imposible todo medio de defensa contra el despotismo de los señores. Las diputaciones de vasallos eran encerradas en la cárcel; los autores de las solicitudes sufrían la pena de azotes y se veían condenados á trabajos forzados por toda su vida en las arenas de Nertschinsk. Pero los descontentos eran tantos en número, que no se les podía castigar á todos; de modo que mientras en lo que á la política exterior se refería se conseguían grandes triunfos, tenía que lucharse con los enemigos interiores, cuyas hordas eran muy superiores en número á las tropas que para combatir las se enviaban.

Estas mismas capas inferiores del pueblo se veían duramente oprimidas por la carga del reclutamiento. Durante la guerra turca (1768-1774) las levás fueron frecuentes y causaron indignación y desesperación, y el mal trato que se daba á los reclutas aumentaba los males inherentes á la organización del servicio militar.

Ya en tiempo de Pedro el Grande las levás eran á menudo un motivo para que los comprendidos en ellas huyesen á los bosques, donde los sectarios ofrecían un asilo á los desertores. Una de las muchas sectas que existían había sido fundada por un soldado desertor y predicaba la desobediencia al gobierno. En tiempo de Catalina, y en los interrogatorios de los criminales del Volga, que eran las más de las veces soldados desertores, vemos que siempre se les preguntaba si como soldados habían recibido la paga y los viveres correspondientes y si habían sido maltratados por los oficiales; y ya sabemos que la mayor parte de los aventureros que se hicieron pasar por Pedro III eran desertores del ejército. Muchos de estos eran presos y condenados á carreras de baquetas, pero volvían á huir y además favorecían la fuga de otros soldados. Para huir había sobradas ocasiones: libre era el camino que conducía al país de los Kirguizios, como el del Ural, del mar Caspio y de Persia. El reclutamiento daba lugar á los señores para ejercer crueldades sin cuento: escogían por regla general los vasallos más acomodados, pues estos estaban dispuestos á pagar grandes sumas, que iban á parar á manos de su señor, para librarse del servicio militar. Sucedió, á veces, según cuenta J. J. Sievers, que algunos vasallos se veían sometidos á un castigo, que equivalía á la muerte, solo porque no tenían la talla exigida á los reclutas ó porque tenían más edad de la que para soldados debían tener (1). No es pues de extrañar que un ejército por tal sistema formado estuviera siempre dispuesto á hacer causa común con los enemigos del gobierno.

El antagonismo que existía entre los cosacos del Sudeste del imperio y el poder central traía su origen desde hacia siglos: allí se habían reunido, á principios del siglo XVII, cuando aparecieron los aventureros como Saruzky y otros, numerosas hordas de guerreros para luchar contra el poder del Estado: desde allí, en tiempo del Czar Alejo, había amenazado al gobierno Stenka Rasin; allí se había originado, durante la guerra del Norte, un gran peligro para Pedro el Grande; allí, donde encontraban fácilmente asilo los fugitivos

(1) Véase Blum, I, 394.

del imperio, eran todos solidarios de los elementos de oposición del país. El poder central había procurado constantemente tener á aquellos cosacos sujetos á una severa disciplina, á una obediencia incondicional, pero sus esfuerzos se habían estrellado siempre ante el espíritu republicano de aquellos pueblos. El desprecio de la disciplina, que traía consigo el correspondiente castigo, había contribuido á aumentar la oposición, que nunca había dejado de existir entre los cosacos y el gobierno. En 1760 habían ocurrido entre ellos motines que recordaban las sublevaciones de los Strelitz, durante el reinado de Pedro el Grande. Algunos oficiales enviados por el poder central habían sido asesinados, y cuanto más severo se mostraba el gobierno en vista de tales excesos, más pronto era de temer una explosión del furor popular. Las orillas del Ural y del Don fueron los puntos en que nació el levantamiento de Pugatscheff. Así como, cien años antes, el famoso bandido Stenka Rasin, viendo ahorcar á su hermano por una falta de disciplina, concibió desde entonces un odio profundo al orden de cosas existente, del mismo modo Pugatscheff, viéndose envuelto en un conflicto con el gobierno por haber contribuido á la fuga de un pariente suyo que servía, como él, en el cuerpo de cosacos, desertó también para evitar el castigo, decidiéndose con este hecho su carrera de aventuras. Su agitación encontró eco entre los cosacos del Ural, porque estos, desde el asesinato de su verdugo y atormentador el general Traubenberg, se habían visto muy oprimidos. Aquellos hijos de las estepas, acostumbrados á la libertad, no querían entrar en los reglamentos del moderno Estado: esta animadversión hacía las formas administrativas europeas la encontramos también entre los cosacos del Asia Menor, en los del Volga y del Don lo mismo que en los del Ural. Procedentes de la Ucrania, y arrojados de allí por los desórdenes ocurridos, encontraron muchos un asilo en el Jaik y en el Ural, aumentando de esta suerte el número de cosacos descontentos. Toda sublevación ocurrida en el interior del imperio, como la acaecida en Moscú durante la peste de 1770 y 1771 y los motines que estallaron en 1760 en la orilla derecha del Volga, llevaban nuevos elementos á los levantiscos cosacos. A estos, como á los vasallos, les estaba prohibido quejarse; y algunos diputados que expusieron algunas quejas á la emperatriz en nombre de los cosacos, fueron castigados como rebeldes. No es, pues, de extrañar que un cosaco, al tener noticia de la aparición de Pugatscheff, exclamara: «gracias á Dios que se abren nuevos y mejores horizontes.»

Otro elemento revolucionario eran los sectarios (raskolniks), cuyo número había alcanzado, durante el siglo XVII, una cifra considerable, llegando á constituir una parte importante de la población. Así Pedro III como Catalina II quisieron tratar con benignidad á estos fanáticos y permitieron regresar á su patria á muchos que durante anteriores gobiernos habían huido al extranjero, especialmente á Polonia. Estos emigrados regresaron en grandes masas, pero como tenían que pagar crecidos impuestos, pronto se vieron sumidos en la miseria y oprimidos por los funcionarios locales, mostrándose, por esta razón, dispuestos á unirse con los amotinados. En estas esferas, gozaba el nombre de Pedro III de gran popularidad. La secta de los *skopzen*, cuyo origen coincidió con los primeros tiempos del reinado de Catalina, tenía al que llamaba «hijo de la emperatriz Isabel», Pedro III, como por una especie de santo: los adeptos á esta secta creían que el ex-emperador, á quien Catalina había querido asesinar (2), había encontrado su salvación en la

(2) Los *skopzen*, á causa de las mutilaciones que se imponían, eran los herejes más peligrosos para el Estado y fueron severamente perse-

fuga, recorriendo el Oeste, volviendo á Rusia y siendo azotado y condenado al destierro de donde había regresado etc. (1). En el Jaik, en el Ural y en el Irgis abundaban considerablemente los sectarios, á quienes el poder central perseguía y rodeaba de espías y de quienes se apoderaba á veces violentamente, para hacerlos entrar de nuevo en el seno de la Iglesia del Estado. Algunos príncipes de la Iglesia intolerantes aumentaron, con sus severas disposiciones, la excitación que en estos círculos reinaba. La codicia de los papas ó curas rusos que abrumaban con impuestos á las poblaciones y se hacían pagar muy caros sus servicios religiosos, contribuyó á que los perjudicados se apartaran de la Iglesia del Estado y á que aumentara el número de los sectarios.

Cuando Stenka Rasin, un siglo antes de Pugatscheff, empezó su campaña por el Volga, uniéronse á él numerosas hordas de chuwascos, de chermisos y de otras tribus asiáticas. Estos *pueblos extranjeros* (Inorodtzy) que habitaban en la Rusia europea, fueron también los auxiliares de Pugatscheff y aumentaron sus hordas. Los tártaros, los cosacos kirguizios, los baschkiros, los mordwinos, los chuwascos, los chermisos, los votiacos y los tpeyares pagaban ciertos impuestos (conocidos con el nombre de Jassak) y vivían dependientes del capricho de los funcionarios rusos. Los kalmukos, especialmente, estaban en poder del escribano del gobierno y no podían sostener directamente relaciones con los rusos; tampoco les era dado elevar quejas al gobierno, no pudiendo ninguna súplica, ninguna carta traspasar los límites del uluso (aldea) kalmuko. Ese estado de cosas era intolerable: con menos peligro podía enviarse una noticia á Pekín que á Kasan, Astrakan, Moscú ó San Petersburgo. No debe, pues, sorprendernos que los kalmukos entablaron, en 1771, negociaciones con el gobierno chino y que en número de 30,000 invadiesen el Asia. Otros asiáticos sufrían los males consiguientes á las disposiciones adoptadas para cristianizar por fuerza á los paganos y musulimes: otros, como los tártaros nómadas, que, después de la conquista de Bender, se establecieron en las comarcas del Volga, no pudieron avenirse con el nuevo orden de cosas y se indignaron ante la falta de consideración de los funcionarios, que les arruinaron con las tentativas de colonización que les habían sido impuestas. A los baskirios los codiciosos funcionarios les arrebataron los territorios que poseían, por lo cual millares se dispusieron á combatir juntamente con las hordas de Pugatscheff á un gobierno que no les amparaba contra los abusos de sus empleados. Todas aquellas tribus estaban dispuestas á llevar la vida de bandidos y de nómadas, y por lo tanto con más facilidad habían de adherirse á una empresa como la de Pugatscheff, que tenía un carácter asiático y podía muy bien utilizar los elementos orientales en un ejército.

Otro poderoso contingente para las hordas de Pugatscheff y para otras cuadrillas de bandidos fueron los presos que al ser conducidos á su destino podían burlar la vigilancia de sus centinelas. El camino hasta Siberia era largo y las ocasiones para una fuga se presentaban con frecuencia, siendo la vigilancia insuficiente. Por el camino, aquellos infelices eran maltratados, pereciendo muchos de frío y de hambre; las cárceles eran recintos oscuros y malsanos, en los cuales

guidos. Digna de mencionarse es la opinión por ellos sostenida de que Catalina había querido matar á Pedro, precisamente por aquel defecto físico (*).

(1) Schchebalsky, pág. 50, á quien se debe el haber demostrado la significación de Raskol en el levantamiento de Pugatscheff.

(*) Para mejor inteligencia de este pasaje convendrá saber que la palabra eslava *skop* significa castrado. (N. del T.)

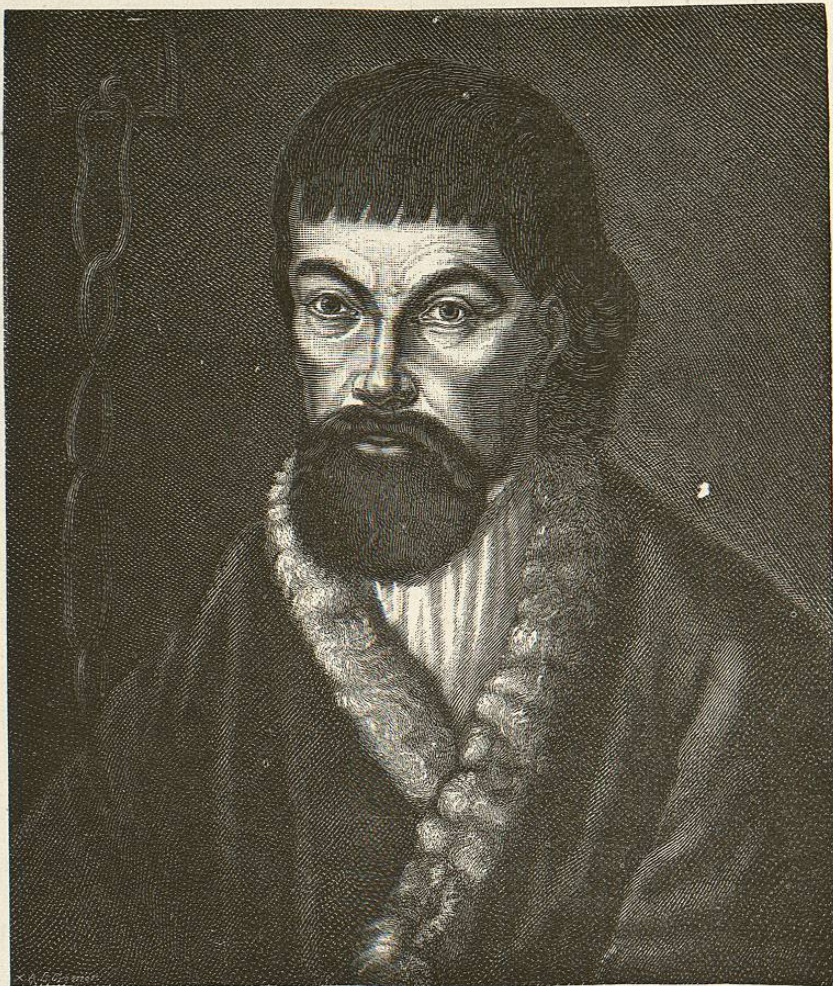
los criminales se veían amontonados de tal manera que cada uno no tenía, como con razón se decía, más espacio que el necesario para tenderse y morir. La lentitud del procedimiento prolongaba de un modo inaudito la prisión preventiva. Los sentenciados á ser deportados á Siberia permanecían largo tiempo en las cárceles antes de que se tuviera dispuesto un gran transporte, y para mantenerse tenían que pedir limosna por las calles, vigilados constantemente por soldados; lo cual permitía á muchos fugarse, además de que en ocasiones frecuentes los soldados estaban en connivencia con los presos. Los fugitivos podían contar con las simpatías de las poblaciones y con el apoyo de muchos auxiliares. La mala administración de justicia hacía que el pueblo tomara fácilmente el partido de los criminales, y así las grandes cuerdas de deportados indignaban á la población. Al estallar la rebelión de Pugatscheff, se encontraban en Kasan más de 4,000 delincuentes detenidos.

Es indescriptible la indignación que el pueblo sentía contra los jueces y los funcionarios de policía, que con frecuencia encerraban en la cárcel lo mismo á culpables que á inocentes, funcionarios que además eran en sumo grado venales y que de un modo arbitrario aplicaban el tormento. Los jueces y los empleados en la cancellería tenían muchas veces que tomar venganza de los acusados por algún saqueo ó por el asesinato de un pariente ó amigo ó por estar los archivos en desorden cuando los criminales se echaban sobre ellos. A menudo sucedía que el que capturaba á un criminal no recibía el precio que á la cabeza de este se había puesto.

A todo esto se agregó la afición, innata en los rusos de emigrar y las tendencias de los proletarios á formar cuadrillas de bandidos para mejorar su situación. Los vasallos huían de sus señores; los reclutas desertaban y los sectarios apelaban á la fuga para librarse de las persecuciones del poder central. Diéronse ejemplos de emigrar aldeas enteras que se iban á habitar en cuevas en las cercanías del Volga. La miseria de estos emigrantes era horrible: aquello era una continua lucha con el hambre y con las inclemencias del cielo; no es pues de extrañar que aquella gente que estaba al borde de la tumba, apelara á los medios más desesperados para salvar su existencia. De aquí que se formaran grandes bandas de ladrones que saqueaban las aldeas, atacaban los puestos avanzados y las fortalezas, hacían resistencia á las tropas y arrollaban cuanto á su paso se oponía. Cuanto más aumentaba el número de aquellos nómadas, cuanto más frecuentemente invadían las comarcas del Volga, tanto mayor rigor se ejercía en la expedición de pasaportes, tanto más severa se mostraba la policía y con tanta mayor energía se perseguía á los vagabundos. La afición de emigrar que sentía el pueblo se encontraba más restringida que antes. El azote de la epidemia y la gran mortandad que ocasionó disminuían el número de la gente ordenada y aumentaban el de fugitivos y por consecuencia el de las cuadrillas de ladrones, contra los cuales se enviaron todas las guarniciones de las fortalezas sin poder acabar con aquella plaga. Los reclutas y los criminales que eran deportados se veían puestos en libertad y los señores y funcionarios eran saqueados. En el Volga especialmente, se encontraba un gran número de criminales: allí el vivo y constante movimiento de personas convidaba al robo; allí abundaban los piratas de río que, embarcados en pequeños, ligeros y veloces botes y armados con cañones, abordaban á las barcas abundantemente cargadas de los pescadores, de los mercaderes, de los conventos y del gobierno y se apoderaban de un rico botín. Una de las cosas que con más afición se robaban eran los pasaportes, que luego se distribuían los ladrones según las señas en ellos consignadas, dándose casos de algunos ladrones que des-

pues de haberse apoderado de los pasaportes y de los vestidos de la víctima á quien daban luego muerte, cambiaban por el de esta su antiguo nombre y le echaban por completo en olvido. Tambien se falsificaban pasaportes. Los ladrones durante el otoño y el invierno arrastraban una existencia miserable, pero la de los que no robaban era tan poco agradable, tan pobre y tan difícil, que al decidirse á ser bandidos no perdian nada en el cambio.

Todos estos elementos que habian declarado la guerra al Estado, á la sociedad y al órden existente, tenian cierta cohesion entre sí. Vasallos fugitivos, desertores, sectarios fanáticos, cosacos rebeldes, criminales fugados, asiáticos indignados y ladrones dispuestos á toda violencia, podian hacer fácilmente causa comun cuando se ponian enfrente del poder del gobierno que castigaba y oprimia. Todos estos grupos procedian de las mas bajas capas sociales; todos se



Подлинное изображение
буншопника и обманщика
ЕМЕЛКИ ПУТАЧЕВА.
Wahre Abbildung
des Rebellen und Betrügers
EMELKA PUGATSCHEW.

Betrachtet dieses Bild u. lerne, wohl bedachten,
wie mancher Mensch auf Erd sich läßt von
Teufel verführen.
dass er selbst Teufel und die menschliche Götter
ist, thut, was wider Gott u. wider das Recht.
Schaut aber nur auf die End der grossen u. kleinen Rebellen,
so wird sich jedermann auch selbstes End darstellte
wo Schauder durch u. Qual durch neue Leben
dringen.
Denn läßt sich Pugatscheff jetzt zur Ent-
schuldig'ung bringen,
an Gott u. sein' Wör'd. er wird kein Rebelle.
Denn bißht die Straß nicht, aus bei Mensch' auf Erdelle,
so muß der Schöpfer selbst weis' freigesich zeigen
darin da's G'schöpf' lernt, sich vor'samm-
Recht' beyen.
u. dieses wöhl bedacht, daß der, so andern Schaden
an muß sich selbst' schaden, müß jeder böse Thats

Pugatscheff, retrato copiado de un libro anónimo contemporáneo

encontraban á un mismo nivel; todos eran igualmente pobres y miserables; todos habian sido por igual maltratados y perjudicados por los tribunales, por las clases elevadas, por las autoridades. No es de extrañar que desertores y criminales se conquistasen las simpatías de los vasallos; que los raskolniks encontrasen buena acogida entre los cosacos; que los ladrones tuviesen auxiliares en las últimas capas del pueblo: todos eran solidarios cuando se trataba de luchar contra los tribunales y contra la policía, contra los ricos y los privilegiados; todos podian ser comprendidos dentro de un comun denominador cuando les animaba la esperanza de poder, por medio de actos de violencia, mejorar en algo aquella situacion insoportable. Una palabra hábilmente pro-

nunciada podia provocar un levantamiento general; una chispa arrojada entre tantos materiales fácilmente inflamables habia de producir un gran incendio; la persona que, aun sin talento y sin educacion, se impusiera á tales elementos podia contar con dominar, por lo menos momentáneamente, aquellas masas y con poder dar cierta direccion á su empresa. La palabra fué el nombre de Pedro III y Pugatscheff el caudillo de aquella guerra de esclavos (1). Algunos elemen-

(1) «Todos los descontentos, escribe un contemporáneo, esperaban solo un pretexto para comenzar la sublevacion; y este pretexto se ofreció con la aparicion de Pugatscheff.» Véanse las Memorias de Pospelyoff en el Correo europeo, 1870, número 6, 621.

tos cosacos, de entre los cuales partió el movimiento, eran los que aparecian en primer término; pero en cuanto los amotinados pasaron á la orilla derecha del Wolga, estalló la guerra de los siervos.

Jemelian Pugatscheff era hijo de un cosaco del Don, é ingresó á los 18 años en aquel cuerpo, tomando parte en la guerra de siete años, en la cual llamó, por su habilidad, la atencion del coronel Denissoff. Posteriormente se descubrió que entonces tenia cierta semejanza con Pedro. Los retratos que de Pugatscheff han llegado á nosotros, no presentan indicio alguno de tal parecido, y los contemporáneos que conocieron á los dos lo niegan en absoluto (1). Ya anteriormente habia tenido algunas cuestiones con sus superiores y habia sufrido un castigo corporal por una falta cometida en el servicio. Despues que hubo tomado parte en la guerra turca, fué licenciado por causa de enfermedad; y una vez en su país, protegió la fuga de un pariente suyo y huyó él á su vez para evitar el castigo. Hecho prisionero, se escapó de la cárcel; y habiendo caido de nuevo en poder de la autoridad, se salvó segunda vez apelando á la fuga. Entonces se dirigió á la Pequeña Rusia, donde se decidió á pasar las fronteras de Polonia para desde allí poder, como fingido sectario, volver á Rusia. Con este motivo llegó á mantener importantes relaciones con los raskolniks en Wjetka, en las fronteras de Polonia; y en un convento poblado de sectarios, aconsejóle otro desertor que se fingiera Pedro III. Acto continuo se trazó el plan de sublevar á los cosacos del Ural, entre los cuales deseaban encontrar un asilo los sectarios, los cuales proporcionaron fondos para la empresa. Pugatscheff habia sido recogido por un raskolnik, que habitaba en las selvas del gobierno de Woronesh y que le ofreció el auxilio de sus compañeros, porque entre los sectarios de Polonia y los del Don existian relaciones hábilmente organizadas. Siguiendo los consejos de los sectarios, dirigióse Pugatscheff al Ural, donde fué hecho prisionero. Conducido á Kasan, burló la vigilancia de sus guardas (mayo de 1773) en el preciso momento en que se confirmaba la sentencia que le condenaba á un castigo corporal y á ser deportado á Pelym. Dirigióse en seguida á las orillas del Irgis (afluente del Wolga) y uniéndose á los cosacos del Ural, fingió ser el emperador Pedro III. Allí conquistó los primeros adeptos para su empresa, rodeándose de cosacos que se atribuyeron falsos nombres y se revistieron de las mas altas dignidades. Pugatscheff contó una milagrosa historia de cómo se habia salvado de las asechanzas de Catalina; dijo que habia viajado durante mucho tiempo por Polonia, Egipto, Jerusalem, etc., y que habia regresado para «dar satisfaccion al pueblo enfermo.»

Causa una impresion especial el ver cómo aquellos semi-bárbaros (Pugatscheff no sabia leer ni escribir) imitaban al Estado, del cual en principio eran enemigos, y cómo parodiaban aquello mismo que aborrecian. Personas cuyo ideal era convertir toda la Rusia en un Estado de cosacos, gustaban de aparentar un cuasi Estado cortésano con cuasi dignatarios. Habiéndose casado Pugatscheff con una jóven cosaca, rodeó á esta de cierto número de «camaristas.» El cosaco Tschika se llamó conde Chernischoff y obtuvo la dignidad de general: otros cosacos tomaron los nombres de conde Orloff, conde Woronzoff y conde Panin. Un ex-ladron que habia sido marcado y mutilado de la nariz, revistió el cargo de jefe de artillería, etc., etc. Dos hábiles cosacos que sabian escribir procuraron imitar en los manifiestos y disposiciones del falso pretendiente el estilo de los documentos del Colegio

(1) Bolokok, en el suplemento del tomo VI de la Russkaja Starina, pág. 490. El retrato de Pugatscheff ha sido recientemente reproducido en la Russkaja Starina, II, 320, y XVII, 171.

de guerra. Un ex-oficial, llamado Schwauiwitz, que habia sido hecho prisionero por los rebeldes y que abrazó la causa de estos, se cuidaba de despachar los documentos en idiomas extranjeros: el cosaco Poduroff, que algunos años antes habia tomado parte como diputado en las sesiones de la Comision legislativa (1767-1768), ocupó el puesto de secretario de Estado y publicista. Un pequeño fuerte que habian ocupado los rebeldes en las cercanías de Orenburgo fué bautizado con el nombre de Moscou y otro fué llamado San Petersburgo. Todos los días, á imitacion de lo que en las capitales acontecia, se hacian ejercicios militares, á los cuales solia asistir Pugatscheff. Creíase que este tenia cierta aptitud para la artillería y fortificaciones; sabia conservar cierta superioridad y cierta dignidad delante del pueblo á quien halagaba con palabras cariñosas; vestia un precioso y abigarrado traje de corsario; gustábanle las orgias desenfundadas y se imponia al pueblo, repartiéndole, durante sus paseos á caballo, profusion de monedas de cobre. Sus camaradas



Medalla conmemorativa de las bodas del gran príncipe Pablo. Copia del original que posee el consejero de Estado J. Iversen, en San Petersburgo. Dibujo de M. Lutke

acostumbraban á respetarle cuando se presentaba en público, pues en el trato íntimo, en la esfera familiar, le trataban como á un igual. Para ellos su voluntad no valia gran cosa, por lo cual Pugatscheff se quejaba de que «su camino era angosto.»

Que Pugatscheff fué desde el primer momento un instrumento de las pasiones populares, nos lo demuestra la circunstancia de que despues de haberse apoderado de Jaik, los cosacos que estaban á sus órdenes dieron muerte á los defensores de la ciudad, sin estar autorizados para ello y siguiendo su solo capricho. Pugatscheff quiso impedirlo y opinó que podia perdonarse la vida á aquellos infelices si querian reconocerse súbditos suyos; pero se le contestó en los siguientes términos: «Ya sabemos, eterna Majestad, lo que se ha de hacer,» y acto continuo fueron ahorcadas once personas.

En el otoño de 1773, comenzaron las victorias de Pugatscheff, el cual se apoderó de muchos fuertes, tales como el «Ilezky Gorodok,» las fortalezas de Rassypnaja, Nishne-Osernaja, Tatischschewskaja, Chernoretschewskaja, etc., y comenzó á sitiarse la ciudad y la fortaleza de Orenburgo. Sus hordas se engrosaron con un gran número de mescheryacos, kalmukos y baskirios que se agregaron á ellas: el ejército rebelde creció de un modo extraordinario.

En Pugatscheff y en sus camaradas no hemos de buscar ningun plan regular: al parecer, no tenia programa alguno. De cuando en cuando arengaba al pueblo y le decia, entre